

PAISAJES ENTRE LÍNEAS

Con este título se inauguró en el Ateneo de La Laguna, una serie de obras de pequeño formato de la pintora Leandra Estévez. Estos 24 acrílicos sobre chapa marina forman parte de un homenaje que se le rinde al escritor y poeta Manuel Villalba Perra, fallecido en 1999.

Los paisajes que nos muestra Leandra Estévez están anudados al recuerdo, a ese que está *"a salvo de la herrumbre del tiempo"*, de un amigo con el que se compartía una larga ristra de afinidades por el arte, por la plástica, por la poesía. El paralelismo en la vida y obra de Manuel Villalba y de Leandra Estévez convergen en numerosos nudos comunes. Paisajes, tanto literarios como plásticos que se caracterizaban por ese intento continuado del aprehensión del momento preciso, *"del instante, del gozo de vivir"*.

Sencillez, austeridad, son vocablos por los que pueblan estos paisajes. La escritura, la palabra, el paisaje interior de Él, ese que se puede borrar si se llega a perder la palabra, ese donde se puede dejar la soledad, con su palabra vuelta hacia dentro *"hacia mí mismo"*. Su *"Paisaje entre Líneas"*, de Ella, es la búsqueda del rumbo

de la vida, sin brújula, sin sextante, sin adornos, sin pinceladas de más. Los atrapa, los olvida y los vuelca desde el subconsciente, por ello no creo que sea casualidad que aparezcan elementos reconocibles en la vida y en la obra de Manuel Villalba: la palmera soñada, la casa, la montaña, los caminos, el árbol de la sombra y sobre todo las estrellas en la noche.

A ambos les interesa, la obra siempre está en presente, más los vericuetos para el llegar, que el mismo final del camino; poesía y pintura que no buscan una realidad tangible, sino la *"intuición, el camino de la búsqueda, la interrogación, el camino de ida a la ilusión"*. Paisajes ejecutados con cierto grado de escepticismo, de cierta preocupación por el presente, por ese casi inmediato. Tanto en Manuel Villalba como en Leandra Estévez se denota esa urgencia por intentar agarrar, pillar el paisaje por el envés. Paisajes, escritos, pintados, añorados, preferidos, pero concebidos con pasión, sin anclarse a lugar o espacio, pero sí al tiempo, al vivido, al que faltó. Paisajes sin ropajes, sin aderezos, desnudos al pie de la noche, esa noche que se refleja en casi todas las obras expuestas. Esa noche, útil herramienta que

alarga el tiempo, con capacidad para trasladarnos a ese instante, efímero, apresado por la emoción que sintieron, palabra o pintura.

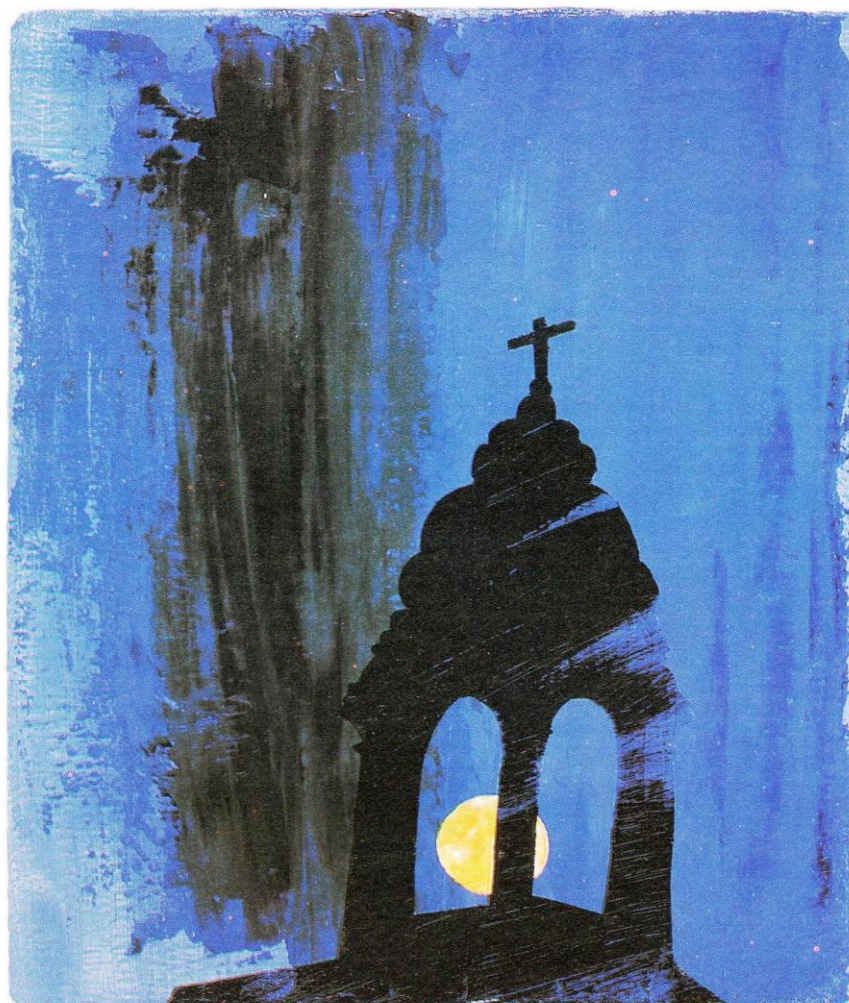
Una noche libre de miedos, de fantasmas, plasmada con larga y honda paciencia, por donde ha ido sembrando, silenciosamente, su orbe pictórico. La noche, y el sueño alargado de un silencio que ha poblado, que ha ahondado en sus claves. Síntesis, no como fin, sí como un medio donde el dibujo engorda su querencia, esa que sabe centrar la atención en lo esencial. Riqueza cromática ensartada con precisión de orfebre. Y también en esta noche redobla la frescura, las composiciones audaces, brillantes, que portan sobre sí al trazo contenido, la mancha controlada, como nunca hasta ahora. Colores

planos, bien definidos, transparencias; conjunto de mancha y línea que nos aportan lecturas estimulantes, donde los detalles tienden hacia la figuración: faros, estrellas, arquitectura urbana, castillo, aves. Y donde no faltan los elementos que han poblado su obra, arquitecturas, montañas, mar, en pos de un rastreo continuo del horizonte nocturno.

En el catálogo editado para esta exposición se reproducen, además de un hermoso texto de Arturo Maccanti por el que brota el recuerdo del amigo perdido, dos textos de Manuel Villalba Perera sobre la obra de Leandra Estévez. En el primero titulado "El arte como moral en Leandra Estévez" y publicado en 1990 en la revista "Fetasa", se recogen una serie de premisas



Leandra Estévez: Sin título. Acrílico sobre madera. 30x23 cm. 1999



Leandra Estévez: Sin título. Acrílico sobre madera. 30x23 cm. 1999

que aún en la actualidad expresan con claridad la manera de interpretar el arte en esta pintora que posee una dilatada trayectoria. *“Así, sus ojos y su corazón planean sobre el paisaje de la isla apresando la belleza y el sentimiento en la más primigenia desnudez, en el detalle, en lo individual de las cosas esenciales: el sol, la montaña, la nube, el árbol, la lluvia (...) Estas formas llegan a sugerirnos el alma desnuda de las cosas, por esa propensión suya a la esencia y a la representación, sin la dramatización de una puesta en escena, pero con el encanto de una naturaleza muerta en la que los elementos, en lugar de frutas, utensilios domésticos o botellas, son retazos de paisajes”.*

A lo largo de su extenso trayecto artístico, Leandra Estévez, ha utilizado el recurso de la figu-

ra humana en contadas ocasiones. Los más significativos han sido la serie “viejos” realizada en la década de los ochenta y algunos grabados de esta misma época. Para esta ocasión no es casual que aparezca en tres de las obras expuestas. No es casual, es fiel reflejo del recuerdo a la ausencia.

Y aquí, entre estos “Paisajes entre Líneas”, entre palabra y pintura, habita el paisaje que nos acompaña eternamente con la palabra, con la plástica esculpidas en la sensibilidad y la intuición de la necesidad, premisa para transitar por esta vida y como Manuel lo *“poseo, lo guardo para las tardes de soledad y hastío”.*

Nota: las citas son del poemario de Manuel Villalba, “Éxodos”. Cuadernos de Literatura. Ateneo de La Laguna 2000